

paña ultramarina como en la peninsular, durante aquellos años á un tiempo gloriosos é infaustos.

Arrebatado Quintana por este fanatismo político tan intolerante, tan sañudo y tan adverso al recto criterio histórico; pero así y todo disculpable, si nos trasladamos á la época en que él escribía, y mucho más si nos dejamos vencer por la hermosura y elocuencia poética con que acertó á expresar su juicio; arrebatado, digo, Quintana por esta especie de fanatismo, ha condenado toda la misión histórica de su patria durante el siglo décimosexto, pintándola como el criadero de los *hombres feroces colosos para el mal*, y no encontrando durante todo aquel siglo más nombre digno de alabanza y de los favores de las musas que el nombre de Padilla, buen caballero, aunque no muy avisado, y medianísimo caudillo de una insurrección municipal (generosa, es cierto, y cargada de justicia en su origen), en servicio de la cual iba buscando el Maestrazgo de Santiago. Pero aun juzgada la guerra de las Comunidades con el criterio con que la juzgamos hoy, considerándola, no como el despertar de la libertad moderna, sino como la última protesta del espíritu de la Edad Media contra el principio de unidad central, del cual fueron brazo primero los monarcas absolutos y

luego las revoluciones, es imposible dejar de admirar la oda de Quintana *A Juan de Padilla*, aun en sus mayores extravíos históricos:

Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia: arder el Sena
En discordias se vió: la Africa esclava,
El bátavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.

. Ni al indio pudo
Salvar un ponto inmenso y borrascoso
En sus sencillos lares:
Vuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.

Pero ¿á qué molestarnos en buscar contestación á esta y á todas las declamaciones, que no solamente en la oda *A Padilla*, sino en *El Panteón del Escorial* (que para el gusto mío y para el de muchos es la primera entre todas las inspiraciones de Quintana, y la única que en sus audacias de dicción, tono insólito y mezcla inesperada de lo lírico y de lo dramático, tiene algo de poesía romántica y moderna), acumuló Quintana sobre las frentes venerables del Emperador y de su hijo, cuando el mismo Quintana nos dió la mejor y más elocuente contestación en los primeros versos de su oda *A España después de la revolución de Marzo*?

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,

La que á todas las zonas extendía
 Su cetro de oro y su blasón divino?
 Volábase á Occidente,
 Y el vasto mar Atlántico sembrado
 Se hallaba de su gloria y su fortuna;
 Do quier España: en el preciado seno
 De América, en el Asia, en los confines
 Del Africa, allí España; el soberano
 Vuelo de la atrevida fantasía
 Para abarcarla se cansaba en vano;
 La tierra sus mineros le ofrecía,
 Sus perlas y coral el Oceano,
 Y dondequier que revolver sus olas
 Él intentase, á quebrantar su furia
 Siempre encontraba playas españolas.

¡Singular poder de lo verdadero cuando se refleja en lo bello! Quintana no ha hecho mejores versos que éstos en su vida. Y es que la guerra de la Independencia transformó á Quintana. Lógico hubiera sido pensar que Quintana, propagandista de todas las ideas de la filosofía francesa del siglo XVIII, enciclopedista resuelto é imperturbable, puesto que su tertulia era el *club* de los afiliados á la nueva secta, hubiera seguido el bando de los afrancesados, como le siguieron su maestro Meléndez, Moratín, Lista y los demás que formaban la plana mayor de nuestra literatura de entonces. Y, sin embargo, no fué así. Quintana tuvo la viril abnegación de ponerse al lado de los que defendían la España tradicional, de la cual él tanto había

maldecido. Entonces, dejando por un momento de ser el poeta de la *Imprenta* y de la *Vacuna*, se convirtió en el poeta de las odas patrióticas, en las cuales no se descubre otra inspiración ni otro móvil que el general entusiasmo de todas las almas españolas en aquella crisis heroica de nuestra historia moderna.

Cualquiera puede admirar, en el concepto de arte, las composiciones de Quintana más radicales bajo el aspecto histórico y político, y por nuestra parte nada nos cuesta admirarlas, porque si es grande la discordancia de pareceres entre los humanos, á lo menos hay ó debe haber una región, la región purísima del arte, á la cual estas discordancias y contradicciones no llegan. Pero hay, además de esto, en la poesía de Quintana una región que es española de todo punto, española para todos sin distinción de colores ni banderías, porque en ella el poeta no fué eco del grupo exiguo de los reformadores que se juntaban en su tertulia, sino que, por un prodigio singular, alcanzó en el prosaico siglo en que vivimos una virtualidad y una energía igual á la de Píndaro ó á la de Tirteo.

¿Cuándo dejarán de sonar por los campos castellanos los *ecos de la gloria y de la guerra*, que por ellos lanzó Quintana en 1808? ¡Qué intensidad, qué plenitud, qué fuego el de aquellos cantos!

Ya me siento mayor: dadme una lanza,
 Ceñidme el casco fiero y refulgente:
 Volemos á la lid, á la matanza,
 Y el que niegue su pecho á la esperanza
 Hunda en el polvo la cobarde frente.

.....
 ¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
 Unico asilo y sacrosanto escudo
 Al impetu sañudo
 Del fiero Atila que á Occidente oprime!
 ¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
 Ved del tercer Fernando alzarse airada
 La augusta sombra: su divina frente
 Mostrar Gonzalo en la imperial Granada,
 Blandir el Cid la centellante espada,
 Y allá, sobre los altos Pirineos,
 Del hijo de Jimena
 Animarse los miembros gigantesos.

Y ahora, puesto que el tiempo apremia, quiero decir dos palabras sobre el procedimiento de composición, sobre el estilo y la versificación de Quintana.

Queda dicho que Quintana era poeta clásico, y debo añadir que empleo esta palabra, no en el sentido de imitador de los clásicos, aunque Quintana realmente lo sea y le persigan los recuerdos de la antigüedad hasta el punto de haber intercalado en una epístola la traducción de un fragmento de la primera elegía de Tirteo, no de otro modo que Leopardi, en su oda *A Italia* quiso restaurar el canto de Simónides sobre la victoria de Sa-

lamina. Con este epíteto de *clásico* queremos designar, no sólo al poeta nutrido y amantado con la lectura de los antiguos, no sólo al discípulo de los franceses del siglo pasado (aunque este clasicismo poco tenga que ver con el otro), sino á un poeta que representa todo lo contrario de lo que vulgarmente se designa con el apellido de *romántico*.

El plan de las odas de Quintana, no solamente es *clásico*, sino lógico y oratorio, mucho más que lírico, en el sentido en que hoy suele entenderse la poesía lírica. Hemos oído sobre este punto un detalle curiosísimo: dicen los que le conocieron que Quintana componía sus odas *en prosa* antes de versificarlas, y con efecto se advierte en todas ellas una construcción tan racional, un encadenamiento tan meditado y reflexivo de ideas y de frases, que sería imposible obtenerle por el procedimiento poético, directo y puro. Quintana, poeta muy rico de ideas y á veces de pasión, pero pobrísimo de imágenes, debía propender á esta manera, que es un medio entre la poesía y la oratoria, todo lo contrario del bello desorden de la oda.

Así es que casi todas las de Quintana empiezan con una sentencia de carácter universal y abstracto, enunciada en términos pomposos. Véanse algunos ejemplos:

Todo á humillar la humanidad conspira,
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder...

(Oda A Padilla.)

.....
Eterna ley del mundo aquesta sea:
En pueblos ó cobardes ó estragados,
Que ruede á su placer la tiranía;
Mas si su atroz porfía
Osa insultar á pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante
Y brote de su ruina el escarmiento.

(Oda Al alzamiento de las provincias españolas.)

.....
No da con fácil mano
El destino, á los héroes y naciones,
Gloria y poder...

(Oda A Trafalgar.)

A veces, para reforzar esta sentencia, expresada en términos generales, invoca el poeta un recuerdo tomado de la historia ó de la mitología clásica, v. g.:

¿Los grandes ecos
Dó están que resonaban
Allá en los templos de la Grecia un día,
Cuando en los abatidos corazones
Llama de gloria de repente ardía,
Y el són hasta en las selvas convertía
A los tímidos ciervos en leones..?

(Oda A Padilla.)

..... La triunfadora Roma,
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Sangre itálica inunda las llanuras
Del Tesin, Trebia y Trasimeno undoso,
Y las madres romanas,
Cual infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Canas:
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacia el solio
Que Dido fundó un tiempo, sacudía
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con sangriento estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

Tal es el arranque de las odas de Quintana: una sentencia abstracta, una comprobación histórica. Para comprender la marcha del resto de la composición, debemos fijarnos en alguna de ellas, v. gr.: en la más célebre, en la oda *A la imprenta*. No hay ninguna que ofrezca tan marcado el plan de discurso. Puede reducirse á las proposiciones siguientes:

La poesía está vilmente degradada por la adulación, por la lisonja, por el uso indigno que de ella se hace para halagar las pasiones de los poderosos.

La poesía, levantándose de este cieno, debía consagrarse á cantar las alabanzas de los grandes bienhechores de la humanidad, como en los tiempos míticos:

No los aromas del loor se vieron
 Vilmente degradados
 Así en la antigüedad: siempre las aras
 De la invención sublime
 Del genio bienhechor los recibieron:
 Nace Saturno, y de la Madre Tierra
 Abriendo el seno con el corvo arado,
 El precioso tesoro
 De vivifica mies descubre al suelo,
 Y grato el canto le remonta al cielo,
 Y Dios le nombra de los siglos de oro.

Igual apoteosis que el inventor de la cultura agrícola merece el inventor de la escritura:

¿Dios no fuiste también tú que algún día
 Cuerpo á la vez y al pensamiento diste,
 Y en tus fugaces signos detuviste
 La palabra veloz que antes huía..?

De aquí deduce lógicamente Quintana que iguales honores se deben al inventor de la imprenta, la cual da un nuevo grado de perpetuidad á la escritura:

¿Con que es en vano
 Que el hombre al pensamiento
 Alcanzase, escribiéndole, á dar vida,
 Si, desnudo de curso y movimiento,
 En letargosa obscuridad yacía?
 No basta un vaso á contener las olas
 Del férvido Oceano,
 Ni en solo un libro dilatarse pueden
 Los ricos dones del ingenio humano.
 ¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á Natura

Le basta un tipo á producir sin cuento
 Seres iguales, ni invención la siga:
 Que en alas mil y mil sienta doblarse
 Una misma verdad, y que consiga
 Las alas de la luz al desplegar.

Canta luego por su orden histórico los triunfos de la imprenta, sin omitir (ni era de esperar otra cosa, dadas las ideas de Quintana), la Reforma religiosa:

¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
 Que abortó el Dios del mal, y que, insolente,
 Sobre el despedazado Capitolio,
 A devorar el mundo impunemente
 Osó fundar su abominable solio?

A esto sigue la espléndida conmemoración de los descubrimientos astronómicos, y como último triunfo de la imprenta, la propagación del dogma de la libertad humana:

Llegó, pues, el gran día
 En que un mortal divino sacudiendo
 De entre la mengua universal la frente,
 Con voz omnipotente
 Gritó á la faz del mundo: «El hombre es libre.»
 Y esta sagrada aclamación saliendo,
 No en los estrechos límites hundida
 Se vió de una región: el eco grande
 Que inventó Guttenberg, la alza en sus aias,
 Y en ellas conducida
 Se mira en un momento
 Salvar los montes, recorrer los mares,
 Ocupar la extensión del vago viento
 Y, sin que el trono ó su furor la asombre,

Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón: «Libre es el hombre.»

Con esto y algunas esperanzas sobre el porvenir de la humanidad y sobre la total realización de sus destinos, termina esta oda, cuyo plan podría servir con levísimas variantes para un discurso académico ó tribunicio. No es extraño, pues, que Quintana escribiese sus odas en prosa, ni que se le haya acusado de ser muchas veces más orador que poeta, y algunas también orador con cierta retórica declamatoria y estilo de proclama, ajenos de la verdadera elocuencia.

Quintana, como todos los poetas de escuela clásica, presenta, aunque en menor grado que Fray Luis de León ó Andrés Chénier, reminiscencias de sus lecturas; pero tan hábilmente mezcladas con el total de la composición, que no parecen exóticas ni pegadizas. Citaremos algunos ejemplos, á título de curiosidad literaria.

En la epístola gratulatoria á Jovellanos por su elevación al Ministerio de Gracia y Justicia en 1798, se leen estos versos elegantísimos:

¡Bárbara presunción! Allá en el Nilo
Suele el tostado habitador dar voces,
Y al astro hermoso en que se inflama el día
Frenético insultar: el Dios en tanto
Sigue en silencio su inmortal carrera, etc.

Fragmento casi literal de una estrofa de la oda que compuso á la muerte de Juan Bautista Rousseau el mediano poeta Lefranc de Pompignan, apenas conocido hoy por otra cosa que por este rasgo feliz y por haber sido una de las víctimas del sarcasmo de Voltaire:

*Le Nil a vu sur ses rivages
Les noirs habitants du désert...*

Maury trasladó todavía con mayor poesía de dicción la misma imagen en su poema *La agresión británica*:

.....El Nilo vía
Del yermo así los negros moradores
Contra el astro del mundo y Dios del día
Ciegos lanzar sacrílegos clamores,
Y el Dios girando fúlgido, torrentes
Verter de lumbre en sus obscuras frentes.

En un pasaje ya citado de la oda *A la hermosura*:

Dichoso aquel que junto á ti suspira..

reaparece el principio de una celeberrima oda, ó más bien fragmento de Safo, visto quizá, no en el original griego, sino en las traducciones de Catulo y Boileau.

En una *elegía* de Quintana que figura con honra después de las mejores en la bella *Corona poética*, tejida por varios ingenios á la muerte de la Duquesa de Frías (primera

mujer del egregio poeta D. Bernardino Fernández de Velasco), una estrofa de las más celebradas pertenece íntegramente á los *Soliloquios* del Emperador Marco Aurelio, por quien, en su calidad de filósofo estoico, sentía gran predilección Quintana:

Granos todos de incienso al fuego que arde,
Delante de mi altar sois consagrados:
Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
¿Por eso habréis de importunar los hados?

Finalmente, en el *Epitalamio* de la Reina Cristina, compuesto en 1830 (composición que Quintana por motivos políticos excluyó de la edición definitiva de sus obras, pero que nunca debió excluir por motivos literarios, puesto que contiene pasajes que no ceden en morbidez y halago á los más bellos de la oda *A la hermosura*), el mismo Quintana confiesa cuál fué su modelo, poniendo por epígrafe de la composición unos versos del epitalamio de Claudiano en honor de la hija de Stilicon:

*Accipe fortunam generis: diadema resume,
Et in hæc penetralia rursus unde parens progressa
Redi.*

Versos que, efectivamente, se encuentran, no imitados, sino traducidos casi á la letra en el centro de la composición.

En los metros, Quintana ofrece poca variedad. En general, no ha usado más versos

que el endecasílabo, combinado en las silvas con el heptasílabo; composiciones enteras en versos cortos, tiene pocas y de exigua importancia, exceptuando una especie de balada medio romántica que compuso en 1826 con el título de *La fuente de la mora encantada*.

Quintana era en teoría muy partidario del verso *suelto*; pero en la mayor parte de sus poesías, incluyendo las más famosas, no ha pasado de lo que pudiéramos llamar verso *libre*, es decir, una silva con pocos consonantes y muy pocos heptasílabos. Quintana, como casi todos los poetas de su tiempo, era un rimador difícil; pero tampoco se atrevía á lanzarse con resolución al cultivo del verso *suelto*; sus silvas son un término medio entre el verso *suelto* y la rima. Pocas veces emplea estrofas regulares. Quizá para caracterizar esta metrificacón que Quintana imitó de Cienfuegos y que imitaron de Quintana su condiscípulo y casi émulo D. Juan Nicasio Gallego, y después de él Olmedo, Heredia y muchos otros poetas americanos, conveniría adoptar el nombre (hoy tan absurdamente aplicado) de *versos libres*, reservando el de versos *sueltos* para los que realmente lo son, es decir, para los que no tienen consonantes ni asonantes.

Para condensar en dos palabras nuestro juicio acerca de Quintana, diremos que, con-

siderado como poeta lírico, y prescindiendo de los autores de nuestro siglo, entre los cuales la posteridad sentenciará, no tiene, á nuestro entender, más rival que Fr. Luis de León, que indudablemente le supera en reposada y serena belleza y en intensidad de sentimiento, y que además está libre del énfasis declamatorio y de la manera razonadora, abstracta, y por ende prosaica, que á trechos es el mayor defecto de Quintana. Sin pretensiones de imponer en esto ni en nada nuestro gusto personal, nos limitamos á consignar como hecho inconcusó que Quintana es para unos el primero de nuestros líricos clásicos, y para otros el segundo. Si prescindimos de España y del género lírico, y comparamos á Quintana con los grandes poetas contemporáneos suyos de otras partes, tampoco sale muy deslucido del cotejo, sin que nos atrevamos á afirmar, con eso y todo, que merezca ser colocado entre los cuatro ó cinco primeros de aquel siglo. Si no erramos mucho, hay que ponerle más bajo que Schiller y que Goethe; pero á igual altura que Andrés Chénier y Roberto Burns, y en puesto superior al que ocupan Alfieri y Monti. Fáltóle á Quintana flexibilidad de ingenio; tuvo indudablemente escasez de recursos, se movió en esfera poco vasta, y se repitió mucho, á pesar de haber escrito tan poco; pero en esto

poco rivalizó con los más grandes maestros, y fué, á su manera, poeta verdaderamente *clásico*; es decir: magistral y digno de servir perpetuamente de modelo á todo el que quiera expresar en lengua castellana, con solemnidad y pompa, sentimientos elevados y magnánimos. Labró sus poesías con escaso número de ideas, con escaso número de imágenes, y hasta con escaso número de palabras. Jamás intentó en sí propio aquella educación progresiva y racional, aquella educación de todos los días que hace de la vida artística de Goethe uno de los tipos más perfectos de la vida humana. Quintana, por el contrario, pasada cierta época de su vida, escritas sus primeras odas, no aprendió nada, ó, por lo menos, nada que al arte pudiera importar; de aquí su esterilidad, su silencio, y aquella posición de retraimiento en que se colocó respecto de la literatura romántica. Si el nombre, pues, de gran poeta se toma en absoluto, prescindiendo de tiempos y lugares, debe reservarse, en nuestro concepto, para aquellos genios universales y complejos que han ofrecido en sus obras una representación total y fiel de la vida del espíritu humano; así Shakespeare, así Cervantes, así Goethe. Y en categoría inferior, pero todavía muy envidiable y muy rara vez alcanzada, habrá que poner á Quintana en el coro de los can-

tores exclusivamente líricos y de los poetas de una sola cuerda. La musa de Quintana es menos variada y menos rica que la de Horacio, pero más austera y más *popular*, en el más profundo aunque menos usado sentido de la palabra. Para encontrar algo con que parangonarla, hay que recordar, en lo antiguo, el nombre de Tirteo, y, en nuestros tiempos, el de Manzoni. Solamente las *Mesianas* y los coros de *Carmagnola* y de *Adelchi* dejan en la mente y en el oído la impresión de férvido heroísmo que se siente y respira en los triunfales versos de Quintana.

1887.



D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1)

(1) El presente trabajo, escrito hace más de veinte años para servir de prólogo á las obras completas de Pereda, adolece de incorrección y ligereza juvenil, pero no he querido refundirlo para no quitarle su primitiva espontaneidad, único mérito que puede tener. En otra ocasión, quizá no lejana, procuraré rendir más digno tributo á la memoria del gran novelista montañés, con quien me unió tan cordial afecto.